



EL BARCO
DE VAPOR

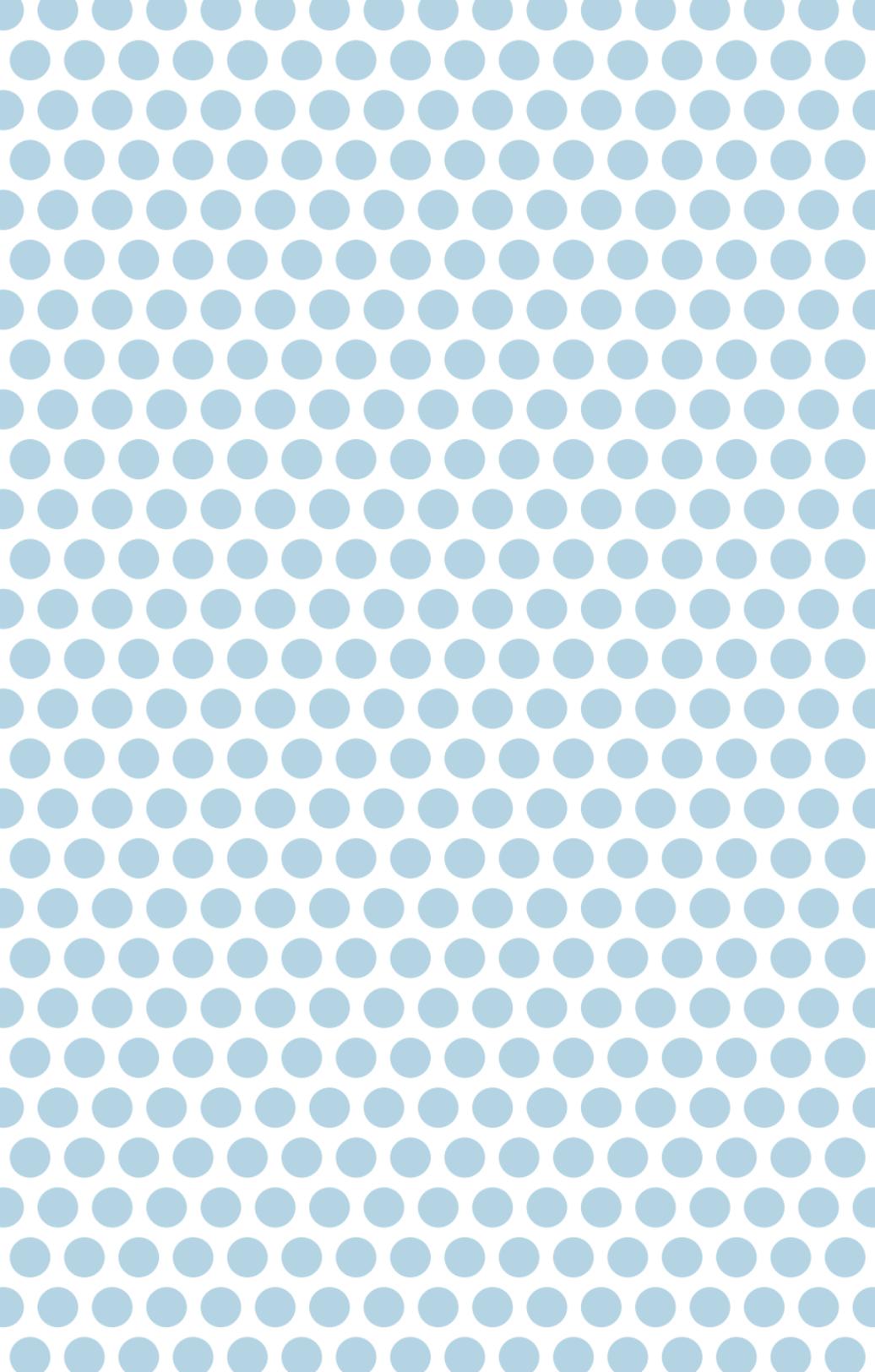
Las habitaciones de Mamud

Francesco D'Adamo

Ilustraciones
de Sandra de la Prada



sm





EL BARCO
DE VAPOR

Las habitaciones de Mamud

Francesco D'Adamo

Traducción de Marta Cabanillas

Ilustraciones de Sandra de la Prada



Primera edición: septiembre de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Carolina Pérez
Coordinación gráfica: Lara Peces

Título original: *Le Stanze di Mamud*
Traducción del italiano: Marta Cabanillas

© del texto: Francesco D'Adamo, 2017
© de las ilustraciones: Sandra de la Prada, 2017
© Ediciones SM, 2017
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-9208-5
Depósito legal: M-482-2017
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A los niños de Siria, de Kabul,
de Gaza, de Bagdad...*





MAMUD SOÑABA con la habitación de las volteretas.

La habitación de las volteretas estaba tan mullida y acolchada como el edredón que su mamá echaba sobre la cama en invierno; incluso más.

Las paredes eran blanditas y podías tirarte al suelo de cabeza, dar volteretas y saltar sin hacerte daño. Podías tomar impulso y rebotar hasta tocar el techo, que parecía un cielo de plumón.

Después, caías muy despacio, pegabas otro salto, y otro más.

Mamud oía a su hermana Yo Yo reírse contenta dando palmas.

Yo Yo podía ver los sueños de Mamud y, si quería, entraba en ellos.

Mamud soñó después con la habitación del águila, que no era una habitación, porque las águilas no tienen habitaciones, sino un espacio abierto, inmenso, y muy alto, más alto que la cima de la montaña más alta.

Un viento frío y azul arrastró a Mamud, que sobrevoló la cúspide y, desde allí, vio el mundo muy muy pequeño.





–Mamud, tengo miedo –le dijo Yo Yo.

–Pues entonces sal de mi sueño –contestó Mamud.

Se lo dijo porque quería volar un rato más y ver el brillo de los glaciares eternos bajo el sol, así como el silencio de las llanuras más allá de las cumbres.

Pero Yo Yo se echó a llorar y Mamud, que quería mucho a su hermana, se puso a soñar con la habitación de las bocas gigantes.



En cuanto Yo Yo se sentó en el enorme cojín que estaba en el centro de la habitación de las bocas gigantes, la pared de enfrente torció el gesto, hinchó las sonrosadas mejillas y le sacó la lengua.

Empezó a hacer muecas y a decir un montón de tonterías muy graciosas. Yo Yo se reía feliz.

Después, pasaron corriendo cogidos de la mano por la habitación del azúcar y las manzanas de caramelo, como esas que comían una vez al año, cuando bajaban a la feria del pueblo para vender los carneros más hermosos que criaba su papá.

Yo Yo colgaba guirnaldas de flores en los cuernos de los carneros para que estuvieran aún más guapos.

